



MIQUEL BARCELÓ ILUSTRÓ CON 60 ACUARELAS 'LA TRANSFORMACIÓN' PARA GALAXIA GUTENBERG

a ese duro espectáculo de la explotación de los otros del que era testigo, se suma la condena a los horarios de la oficina, que vivía en carne propia y que se le hacían insopportablemente tediosos. El modo de convivir tanto con ese sórdido material laboral como con ese castigo que reprimía, aplazaba y doblegaba su tarea de escribir; su

gran venganza, por así decirlo, contra la alienación ajena y la propia, fue utilizar dicha alienación como material narrativo. Lo que hace revolucionaria y singular la obra de Kafka es que estamos ante el escritor que convirtió el tedio en literatura.

El Kafka diarista y epistolar

Si la obra literaria, un tanto cíptica, convierte a Kafka en el escritor para toda una era, sus diarios y su correspondencia epistolar no son menos importantes porque desentrañan todas las claves de su legado creativo y porque son el testimonio de la lucha de un hombre por ser fiel a sí mismo y a su vocación en un tiempo en el que esta se hace conflictiva. Siempre fue difícil escribir, pero hacerlo como

si se tratara de un sacerdocio, una total consagración, en una época que nos comenzó a igualar a todos en los hábitos y los compromisos prácticos, económicos, familiares, laborales y sociales, es una dolorosa hazaña en sordina. ¿Es casual que los dos escritores más radicales, originales y honestos del siglo XX, Kafka y Pessoa, no publicaran en vida la mayor e inmensa parte de su obra? ¿No responde ese 'pudor' a la conciencia de la rara naturaleza de su propuesta literaria y a la certeza de que no iba a ser esta comprendida por su sociedad? En los escritos más personales de ambos se advierte perfectamente esa lucha por intentar adaptarse al esquema normal de los otros y su imposibilidad dolorosa. En el caso de Kafka, que es

el que nos ocupa, el duelo entre sus demandas sentimentales (sus noviazgos, sus rupturas, sus reconciliaciones, sus proyectos de matrimonio...) y la soledad que le exigía su tarea creativa se mantuvo prácticamente hasta los últimos días. Las 'Cartas a Felice', que llegan al medio millar entre 1912 y 1917, el tiempo que duró su re-

Lo que hace singular y revolucionaria su obra es que estamos ante el escritor que convirtió el tedio en literatura

lación, resultan un testimonio impagable de esa lucha. Lo dicen todo sobre los momentos de pasión y los de retramiento del escritor. Dan fe de los proyectos de boda frustrados y de un frecuente intercambio de remordimientos o de reproches. En las 'Cartas a Milena', a la que conoció a principios de 1920, el comportamiento se repite. Al impulso pasional le sigue el retramiento. La relación terminó en noviembre de ese mismo año. Pero, de todas las cartas que Kafka escribió, la más conocida y extensa es la que dirigió a su padre en 1919 y que este nunca recibió. En ella le reprocha hasta sus malos modales en la mesa. Los antecedentes de ese texto están en la oposición que el progenitor había mostrado a los planes de su hijo de casarse con Julie Wohryzeck, una chica a la que había conocido en un centro termal de Schelesen.

Auschwitz antes de Auschwitz

En los relatos que escribió hallamos al Kafka más ameno, ligero e incluso humorístico. 'La condena', 'Un artista del hambre' o 'La edificación de la muralla china' son textos en los que el dolor psíquico del expresionismo coquetea con el onirismo lúdico del surrealismo. Pero hay, entre esas piezas en prosa que oscilan entre el cuento y la 'nouvelle', algunas que son más explícitamente radicales en su carácter tétrico que las novelas. Una de ellas es 'La metamorfosis', en la cual ya no es la realidad externa al individuo la que lo deforma, sino su propia interioridad. Gregorio Samsa ya no puede echar la culpa al cuerpo social ni al sistema judicial, sino al fisiológico en todo caso, de que «al despertar se vea convertido en un monstruoso insecto». Otro ejemplo aún más gráfico es 'En la colonia penitenciaria'. El relato fue leído por el propio Kafka en Munich ante un auditorio entre el que se produjeron varios desmayos. Relata una demencial ejecución de la que el acusado no tiene noticia ni oportunidad de defenderse hasta que se halla desnudo ante la extraña máquina que le proporcionará una terrible agonía de doce horas y que ha sido ideada por un militar difunto. La 'normalidad' con la que los soldados cumplen su cometido es premonitoria de los capítulos más sanguinarios del siglo XX.

No es exagerado decir que el legado de Kafka en su conjunto profetiza la Shoá. Y es que Auschwitz es la cumbre de lo kafkiano. Cuando Hannah Arendt descubre en Eichmann al burócrata que no tiene conciencia del mal sino que actúa de una manera mecanicista al llevar a la muerte a sus semejantes está certificando la lucidez del legado kafkiano.

El universo kafkiano tiene su origen en los minuciosos informes que elaboraba para el Instituto de Accidentes Laborales